

PABLO KANGISER G., *Europa latina y el multiculturalismo. El neolatín como instrumento didáctico para acercar la cultura latina del periodo histórico*, Editorial Académica Española, Beau Bassin (Mauritius), 2018, 72 pp. [ISBN: 9786139001576].



El libro que ahora presentamos, *Europa Latina y el Multiculturalismo*, del colaborador de *Thamyris* Pablo Kangiser, tuvo su origen en un artículo del mismo título, publicado en nuestra revista en el número 7 (2016), pp. 75-96, algo que para mí como editor de *Thamyris*, n. s. constituye un motivo de satisfacción.

Pablo Kangiser es, ante todo, un gran enamorado y conocedor de la lengua de Roma, aunque profesionalmente ha trabajado en el ámbito del Derecho, en concreto en la asesoría legislativa en su Chile natal, pues es el autor de una breve historia en prosa en neolatín sobre la guerra de Arauco, el *Bellum Araucanum*, cuyos primeros seis capítulos aparecieron en la revista *Melissa* (nº 18, agosto de 2014), quince capítulos más en *VOX LATINA*, en el fasc. 201, tomo 5, año 2015, y el resto en la misma revista, fasc. 203, tomo 52, año 2016.

Thamyris, n. s. 9 (2018), 357-360

Su trabajo, breve pero rico en sugerencias, supone de entrada una reivindicación de las raíces latinas y cristianas de Europa, pues, como afirma el autor, el carácter unitario de la cultura europea proviene no solo de su pasado griego y latino, sino del enfrentamiento entre el viejo paganismo y el cristianismo, y del hecho de que éste perduró como fundamento de la cultura desde finales del mundo antiguo hasta algún tiempo después del Renacimiento. Esta vinculación entre cultura latina y cristianismo —que no implica una práctica confesional— es para Kangiser una idea nuclear, y para él no constituyen fenómenos aislados la marcada tendencia observada en Europa, a partir de la segunda mitad del siglo XX, a renegar del cristianismo y el olvido de las lenguas históricas, como el latín, que forjaron la unidad cultural europea.

Kangiser, que considera la Revolución Francesa como el hito histórico que marca el comienzo del declive del latín como lengua de cultura —pues a partir de ese momento el francés, por un impulso nacionalista y chovinista luego imitado por las lenguas nacionales de otros países, se extendió como la lengua de la ciencia y de la academia, sin olvidar su papel como *lingua franca*, en una función muy similar al inglés en la actualidad—, se muestra muy crítico no solo con la tendencia observada en Europa a partir de los años 50 del siglo pasado de abandono paulatino del latín, incluso por parte de la Iglesia, quien tras el Vaticano II optó por las lenguas vernáculas para la misa y demás actos litúrgicos, sino también con los profesionales de las lenguas clásicas, en particular del latín, que no parecen haber dado argumentos convincentes sobre la conveniencia de mantener su disciplina. Tampoco parecen haber funcionado los congresos de latín vivo que, desde aquel Primer Congreso Internacional de Latín Vivo, que tuvo lugar en Avignon en 1956, se han venido celebrando, según el autor, sin resultados concluyentes y decisivos a favor del uso del latín. De hecho, una de las pocas iniciativas realmente brillantes en favor de la potenciación de la enseñanza del latín en las últimas décadas es el método *Lingua Latina per se illustrata* de Orberg, que se basa en parte en el método natural que utilizan los niños para aprender su lengua nativa.

Ante este panorama bastante desalentador, por cierto, el autor articula una propuesta didáctica para recuperar el terreno perdido por la lengua latina en los últimos tiempos, cuyo punto de partida consiste en asumir que el latín es una “lengua muerta”, en el sentido de una lengua no evolutiva, de una lengua artificial —pues no se aprende espontáneamente como la lengua nativa, sino que precisa de un estudio

profundo bajo la guía de un profesor competente— y que esa “lengua muerta” es el latín literario del siglo I a.C., lengua, que dicho sea de paso, no se ha dejado de utilizar por parte de los intelectuales desde la Antigüedad hasta nuestros días, en que para poder referirse en latín a las nuevas realidades del mundo moderno ha habido que acuñar un buen número de neologismos que no afectan a la esencia de la lengua heredada de Roma, pues ambas comparten la misma morfología y sintaxis. Esta particular forma de latín moderno es el *neolatín*, y para Kangiser constituye el eje vertebrador de su propuesta para revitalizar el estudio de la lengua latina.

Respecto a sus principios programáticos, de entrada, se opone frontalmente a que la enseñanza del latín sea obligatoria, partiendo de la base de que para él “ningún ramo en la enseñanza básica o media debería ser obligatorio por orden ministerial o estatal” (p. 64). En su opinión, todos los alumnos, igual que tienen garantizado el derecho a tener educación, deberían tener igualmente protegido la libertad de aprendizaje, es decir, que tuviera la posibilidad de elegir no solo las ramas del saber sino también la intensidad de la enseñanza que más le interesara.

Aunque considera muy loable el esfuerzo que muchas personas realizan actualmente para devolver a una lengua como el latín su componente oral, por ejemplo, a través de los famosos *circuli*, Kangiser no es muy partidario de seguir por este camino, por considerarlo poco práctico y porque en realidad no se sabe con absoluta certeza cómo era la pronunciación del latín en la época de Cicerón. En cambio, no se opone al uso oral del latín dentro del aula, como herramienta propedéutica, o a su empleo en alguna disertación dentro de una academia especializada.

Para él, este neolatín por el que aboga tendría que tener un uso fundamentalmente escrito, el único que verdaderamente tiene sentido si lo que se busca es mantener al latín dentro de su tradición histórica y literaria. En esta línea, defiende la creación de una literatura íntegramente en neolatín, que tratara con los neologismos necesarios temas de actualidad que fueran familiares a los lectores. Ciertamente, es bien sabido que uno de los grandes problemas que cualquier estudiante de lengua latina se encuentra es que el “telón de fondo” de los textos que trabaja le resulta no solo ajeno, sino en muchos casos absolutamente desconocido, lo cual obliga en muchas ocasiones a los editores y traductores a sembrar sus trabajos con notas al pie para aclarar muchos

aspectos de *realia* presentes en los mismos. Esto junto a la dificultad inherente a la lengua latina podría explicar que para muchos de los que se inician en su estudio, llegar a adquirir un dominio solvente de la lengua de Roma sea poco menos que una utopía.

Consciente de esto, Kangiser propone que el primer acercamiento a los textos latinos se haga a partir de versiones en neolatín sobre temas conocidos por el estudiante y, solo una vez familiarizado con este tipo de textos, pasar luego a los textos “clásicos”. Pues la meta última es que la persona que es capaz de leer los textos neolatinos lo sea también de leer los de los grandes maestros clásicos. Y en este proceso, la adquisición de la competencia lingüística en lengua latina implicaría no solo leerlo, sino también escribirlo, pues uno de los objetivos últimos del autor es que el latín se pueda recuperar como vehículo de comunicación escrita entre personas del siglo XXI.

En fin, creemos que en esta breve reseña hemos condensado lo esencial del pensamiento del autor, un entusiasta de la recuperación del latín como la lengua de cultura que nunca debió dejar de ser, de un latín que sin renunciar a sus orígenes clásicos no se opone a la necesaria actualización para poder funcionar como un instrumento de comunicación moderno y eficaz. Sus propuestas, que claramente chocan con los planteamientos del *establishment* académico, pretenden actuar de catalizador de un debate más necesario y urgente que nunca, pues lo que está en juego no es solo tener más o menos horas de docencia de nuestras materias en el sistema educativo, sino recuperar y dar vigor a una de nuestras más importantes señas de identidad colectiva, una de las lenguas en las que se ha expresado eso que llamamos cultura occidental.

Cristóbal Macías
Universidad de Málaga